

EDITORIAL

La reforma educativa peñista (en teoría) centra todos sus objetivos en establecer la calidad como una práctica permanente en las escuelas públicas, obviamente no han definido lo que debemos entender por calidad, ni la propia Sylvia Schmelkes (Presidente del INEE) fue capaz de aclarar el término.

Aun así, resulta complejo y casi una tarea difícil que pueda desarrollarse en un sexenio, es imposible (por las condiciones locales) lograr lo que han realizado los países punteros en las pruebas PISA, el gasto del PIB hacia la educación en México está muy por debajo de estos países, los sistemas de capacitación y actualización docente y los propios salarios del magisterio no pueden competir con lo que hacen Finlandia, Corea, Japón, Canadá, Francia e incluso España.

Hay una cultura por denostar lo que tenemos, no hay otras vías de comunicación que puedan equilibrar la balanza cuando hablamos mal de los resultados educativos, económicos y sociales. El gobierno solo maquilla e infla las cifras cuando la realidad es otra. Recientemente presumieron casi dos millones de empleos generados en lo que va del sexenio, pero esconden el promedio salarial que no rebasa los tres salarios mínimos por día (10 dólares aproximadamente, cuando en EEUU se paga eso mismo por hora).

¿A quién le importa la escuela pública?, por las acciones realizadas solo le importa a quien no puede pagar la educación privada, porque a los dueños del dinero y a los políticos no les quita el sueño. Recientemente la SEP ha autorizado a las empresas extender títulos universitarios y técnicos por las capacitaciones internas, por supuesto con cargo al erario (por aquello de las deducciones), y todo porque en estos casos las universidades públicas y privadas ya no les responden a sus necesidades.

Calidad educativa entonces, debemos entenderla como aquellas prácticas que responden a las necesidades de la empresa, las políticas públicas y la inversión. Sin embargo, para eso se requieren la suma de muchas voluntades y, el gobierno, por sus acciones, no podría hacerlo. La mayoría de egresados de las universidades trabajan de todo menos en el perfil de su carrera, hay un desperdicio de talento y esfuerzo.

Las escuelas públicas en infraestructura están lejos de la mítica calidad, son escuelas de caridad que si funcionan es por la buena voluntad de los padres de familia y por el esfuerzo de maestros y directivos.

En la calidad todos hacen su parte y, hasta ahora, el gobierno lo único que ha puesto es el discurso, lo demás (las prácticas) es cosa de maestros, directivos, estudiantes y padres de familia.

Calidad/caridad, una letra que hace la diferencia para que una palabra se mueva entre el cielo y el infierno, no todo es cuestión de discurso sino de acciones que encajen con el México que somos y el que queremos ser, cuestión de voluntad e inteligencia.